



EL OBJETIVO: HACIA LA NECESIDAD DE DEFINIR NUESTRO QUEHACER PROFESIONAL EN EL CONTEXTO DEL MUNDO ACTUAL

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

EXTRACTOS DE "SABER VER LA ARQUITECTURA" (Bruno Zevi)

1. El Espacio como Protagonista

"...El carácter primordial de la Arquitectura, el carácter por el que se distingue de las demás actividades artísticas, reside en su actuar por medio de un vocabulario tridimensional que involucra al hombre. La pintura actúa en dos dimensiones, aunque pueda sugerir tres o cuatro. La escultura actúa en tres dimensiones pero el hombre permanece al exterior, separado, mirándolas desde fuera. La arquitectura por el contrario es como una gran escultura excavada, en cuyo interior el hombre penetra y camina.

"La arquitectura no deriva de una suma de longitudes, anchuras y alturas de los elementos constructivos que envuelven el espacio, sino dimana propiamente del vacío, del espacio envuelto, del espacio interior en el cual los hombres viven y se mueren..."

Desde la primera choza del hombre primitivo hasta nuestra casa, hasta la Iglesia, hasta la escuela, hasta la oficina donde trabajamos toda obra de arquitectura para ser comprendida y vivida, requiere el tiempo, el tiempo de nuestro recorrido, la cuarta dimensión.

Pero el espacio arquitectónico no se agota con las cuatro dimensiones, el hombre que moviéndose en el edificio y estudiándolo desde sucesivos puntos de vista crea por así decirlo la cuarta dimensión, comunica al espacio su realidad integral.

La experiencia espacial propia de la arquitectura tiene su prolongación en la ciudad, en las calles y en las plazas, en las callejuelas y en los parques, en los estadios y en los jardines, allí donde la obra del hombre ha delimitado "vacíos", es decir donde ha creado espacios cerrados.

Decir que el espacio interno es la esencia de la arquitectura no significa de ninguna manera que el valor de una obra arquitectónica se agote en el valor espacial. Todo edificio se caracteriza por una pluralidad de valores, económicos, sociales, técnicos, funcionales, artísticos, espaciales y decorativos.

Después de un siglo de arquitectura preponderantemente decorativa escultórica, "a - espacial", el movimiento moderno en su espléndido intento de llevar de nuevo la arquitectura a su propio campo, ha desterrado la decoración de los edificios, insistiendo sobre la tesis de que los únicos valores arquitectónicos legítimos son los volumétricos y espaciales. La arquitectura racionalista se dirigió principalmente hacia los valores volumétricos, mientras que el movimiento orgánico apuntó a los espaciales.

Después de veinte años de nudismo arquitectónico, de desinfección decorativa, de fría y glacial

volumetría, de esterilización estilística contraria a tantas exigencias psicológicas y espirituales, la decoración (ya no en forma de ornamentación aplicada, sino en forma de acoplamiento de materiales naturales distintos, de nuevo sentido del color, etc.) está entrando en la arquitectura y es además justo que así sea.

2. Las Edades del Espacio

"La arquitectura responde a exigencias de tan diversa naturaleza que describir adecuadamente su desarrollo equivaldría a exponer la historia misma de la civilización. La historia de los numerosos factores que la componen, ya con la preponderancia de uno, ya de otro, pero siempre con la presencia de todos, ha generado las distintas concepciones espaciales.

- Factores Sociales: Todo edificio es el resultado de un programa edilicio. Este se funda en la situación económica del país y de los individuos que promueven las construcciones, en el género de vida, en las relaciones de clase y en las costumbres que de ellas derivan.
- Factores Intelectuales no incluyo lo que el individuo y la colectividad son, sino también lo que quieren ser.
- Factores Técnicos: Progreso de las ciencias y de sus aplicaciones en el artesanado, en la industria.
- Factores propios del mundo figurativo y estético: Conjunto de las concepciones e interpretaciones del arte y el vocabulario figurativo que en cada época forma el idioma de donde los poetas extraen palabras y frases para expresar sus creaciones en lenguaje individual.

Todos estos factores analizados en el conjunto de sus relaciones variables integran la escena en la que nace la arquitectura cuyas obras siempre son el producto de la coexistencia y el equilibrio de los componentes de la civilización en la que surgen.

"El único privilegio de la arquitectura sobre todas las otras artes, sea que construya habitaciones, iglesias o barcos no es resguardar un hueco cómodo y rodeado de defensas, sino construir un mundo interior donde el espacio y la luz se miden según las leyes de una geometría, una mecánica y una óptica necesariamente implícitas en el orden natural, pero donde la naturaleza no interviene".

EXTRACTOS DE "ARQUITECTURA EN TRANSICIÓN" (Constantinos A. Doxiadis, 1964).

A. LA CONFUSIÓN ARQUITECTÓNICA

1. La Pesadilla Urbana

No encuentro otra expresión que describa mejor nuestras ciudades que la de pesadilla urbana..

Esto es cierto, con muy pocas excepciones, de todas las ciudades. Es cierto de prácticamente todo lo que se construye actualmente. Pero también es cierto de las ciudades del pasado, muchas de las cuales, aun cuando fueron algún día satisfactorias, se han transformado en híbridos donde la vieja arquitectura tiene que servir a nuevas necesidades y donde la tranquila ciudad del pasado, construida para seres humanos, se ha visto invadida por máquinas y automóviles.

Pero vivir en cualquiera de casi todas nuestras ciudades es hoy vivir una pesadilla; una pesadilla urbana simbólica de tantos problemas de nuestra época, pues es en las áreas urbanas donde estos problemas adquieren su expresión más manifiesta.

2. Las Grandes Preguntas

Vivir en ciudades no nos ayuda a ver claro en arquitectura. Lo que es especialmente malo para nosotros, los arquitectos, a los que se nos considera los directores en el campo de la construcción, es que nuestro papel, como legos o como expertos, es confuso en muchos aspectos. Es tan confuso, que las grandes preguntas y los grandes dilemas surgen constantemente.

¿Es el arquitecto un diseñador de edificios? Hemos de examinar realmente las dos partes de la pregunta: diseñadores y edificios.

¿Puede un arquitecto limitarse a los edificios? ¿Y qué ocurre con las ciudades? Incluso si creamos los edificios adecuados, ¿tenemos que dejar a otros la realización de la síntesis dentro de la ciudad, del área urbana? ¿Vamos a dejarlo al ingeniero de tráfico o al planificador urbano? En este caso ¿de qué planificador se trata? , ¿de un planificador que es arquitecto o que no lo es? Me parece que hemos de admitir honestamente que no hemos contestado a esta pregunta. No sabemos si el arquitecto ha de crear edificios, barrios o ciudades.

Hablamos también de diseñadores. ¿Son realmente los arquitectos los diseñadores de edificios? ¿Tienen derecho a continuar siendo diseñadores o trazadores de planos? Quién va entonces a crear los edificios? ¿Hasta qué punto tienen derecho los arquitectos a limitarse a diseñar, y acusar a los constructores, a los clientes o a la sociedad en general porque no siguen sus diseños?

¿Puede el diseño ser un fin de sí mismo, y puede justificarse el arquitecto limitándose a diseñar, en vez de proceder a la verdadera edificación o construcción? No creo que hayamos conseguido responder en nuestra época ni tan sólo a esta importante cuestión.

Me doy entonces cuenta de que nuestro problema es un problema de confusión. Hace una generación tratábamos de romper con el pasado. Rompimos desde luego sus lazos, pero sólo los del diseño arquitectónico, y estamos ahora perplejos ante el futuro. Hace una generación teníamos que romper las cadenas del academicismo y liberarnos para crear arquitectura moderna. Esto lo hemos hecho ya, pero ahora nos encontramos viviendo una pesadilla urbana que se extiende cada vez más y que nos encarcela en su centro. Y miramos alrededor, confusos, tratando de descubrir lo que hay que hacer con esta libertad que hemos ganado a pulso.

B. ÉPOCA DE TRANSICIÓN

1. La Arquitectura en Rápida Evolución

La causa principal de nuestra confusión es que nos encontramos en una época de transición cuyo carácter se refleja también en la arquitectura.

La arquitectura sigue simplemente la tendencia general de su época. Está ahora, como ha estado siempre, en proceso de evolución, pero de una evolución más intensa y más rápida que nunca. Cuando la arquitectura estaba pasando en Grecia de lo arcaico a lo clásico y, luego, de lo clásico a lo helenístico, o cuando se pasaba del alto al bajo renacimiento o barroco, la evolución era lenta. Ahora, las cosas han cambiado.

La evolución es hoy tal, que los estilos arquitectónicos tienen que ser creados cada día por cada uno, y por vez primera estamos confundiendo la moda arquitectónica con el estilo arquitectónico. Esta evolución, este tránsito de fase a fase, es lo que me induce a calificar a la arquitectura de nuestro tiempo de arquitectura de transición.

La primera y más simple definición de este cambio, especialmente para los arquitectos y grupos de gente tecnológicamente avanzada, es la de transición de lo académico a lo moderno. Es una revolución real que empezó hace una generación y que ha tenido éxito hasta el momento, pero que sin embargo no ha aportado ninguna solución. De no ser así, no tendríamos hoy planteados tales problemas.

En cierto sentido hemos rechazado a los dioses del pasado, pero cada uno se ha vuelto hoy un dios. Oímos muchas ideas y propuestas, cosa útil hasta cierto punto. El hombre está probando en todas partes sus nuevas alas, pero no siempre alcanza ni siquiera las nubes más bajas, y mucho menos el Sol. Demasiado a menudo nuestros modernos ícaros caen gnomiosamente; las calles de nuestras ciudades están jalonadas con los desechos de sus alas rotas.

Podemos decir quizá que tales intentos por lo menos a la opinión pública la posibilidad de elegir entre muchas propuestas e ideas. Pero la opinión pública no es libre, sino esclava de su propio habitat y está ligada a la inercia creada por su propio ambiente.

2. Apresada entre lo Viejo y lo Nuevo

La opinión pública pide muy a menudo lo tradicional; pero pidiendo la creación de algo que recuerde las casas viejas olvida que las casas viejas, como dijo Lorca, están hechas no por arquitectos, sino por el tiempo.

Así cada uno de nosotros, viviendo en una casa del pasado o andando por una calle del pasado, acarrea el peso de lo que le rodea. Nos vemos así obligados a crear lo nuevo mientras vivimos en medio de lo viejo que existe aún y de lo viejo que es imitado una vez más. "Nosotros damos forma a los edificios -dijo sir Winston Churchill-, luego, ellos nos dan forma a nosotros". Esta es una verdad importante que olvidamos a menudo cuando hablamos de la opinión pública y del progreso de selección de lo adecuado. ¿Quién selecciona? El público. ¿Y cómo está educado el público en términos de arquitectura? Principalmente por lo que le rodea y por las revistas populares.

Tomemos ahora una ciudad media para estudiar el ambiente en el que el ciudadano medio vive en un momento dado. Tomando 100-120 años como el promedio de vida de los edificios en esta ciudad, cualquier individuo que alcanza la edad adulta en un momento X abre los ojos cada día en una ciudad creada por las cuatro generaciones precedentes. Vive en una ciudad que a menudo no corresponde a sus necesidades actuales. La ciudad ha sobrevivido incluso a sus propios creadores, pues la gente que creó un cierto grupo de edificios ha muerto hace más de 100 años — incluso teniendo en cuenta que empezaron sus creaciones a los veinte años y vivieron un

promedio de setenta-. Durante su vida el mismo hombre tendrá la oportunidad de añadir quizás un 30 o un 40 por ciento, pero, aun con ello, habrá trabajado en una ciudad de la que ha heredado sus dos terceras partes. Durante este tiempo cambiará sus vestidos muchas docenas de veces, su coche unas cuantas, su equipo industrial por lo menos tres o cuatro veces; su ciudad, sin embargo, seguirá en gran medida tal como la heredó.

Este hecho hace del ciudadano medio un esclavo del pasado en términos de arquitectura más que en los de cualquier otra cosa dependiente de él. Tenemos, por lo tanto, que habérmolas con una opinión pública encadenada.

De este modo, el hombre medio tiende a considerar como bueno lo que prevalece. Todo ello estaba muy bien cuando no existía un cambio evidente en tecnología y modos de vida, pero no es ya satisfactorio ahora, cuando las principales características de la vida en nuestro derredor es el cambio rápido. A causa de una tendencia a copiar lo que prevalece, el hombre medio es muy conservador. Quiere construir algo que parezca idéntico a lo que conoce y ve cada día. Es partidario, por lo tanto, de continuar las soluciones locales tradicionales y, también, aunque pueda parecer extraño, de importar soluciones ajenas, pues las ha visto en sus viajes o ha leído acerca de ellas en revistas. Esta, por consiguiente, en favor de un status quo propio o importado, y se opone así a la evolución de las soluciones existentes a que lleva la introducción de ideas nuevas.

Pero incluso el mismo arquitecto es también esclavo de su ambiente. Ha de tener, sin duda, mucha categoría para deshacerse de su habitat y juzgarlo con criterios válidos, conservando lo que es necesario, pero desprendiéndose de lo que no puede servirle. Los científicos se liberan del ambiente aislando sólo los hechos que necesitan. E incluso los artistas pueden en cualquier momento de su vida, evitar la influencia de cualquier estilo particular, sea este contemporáneo o tradicional. El arquitecto es el único que está obligado a crear algo mejor mientras vive inmerso en las obras de sus antepasados y bajo su constante influencia. No puede menos que aceptar muchas soluciones del pasado como primeros principios naturales de su propia obra. La arquitectura se crea cada día y tiene, por lo tanto, que seguir un difícil camino cargada hasta los límites de su resistencia por el peso de su habitat.

Este hecho, a saber, que tanto el público como el arquitecto deben vivir en un medio no creado ni influido por ellos, tiene sus aspectos positivos y sus aspectos negativos. El aspecto positivo consiste en que las fuerzas de inercia creadas por el ambiente actúan como un órgano de defensa contra cambios que no han sido bien concebidos o bien ideados y que por lo tanto no son, simplemente, los más apropiados. Esto es a veces un expediente de seguridad necesario. A fin de cuentas, aun cuando un fallo instantáneo no tiene necesariamente que ser costoso, un arquitecto que conduce equivocadamente a la humanidad originará una inversión tal, que mucha gente tendrá que sufrir durante años a causa de la incapacidad que tiene la comunidad de destruir cualquier creación arquitectónica. En este sentido es conveniente respetar la creación arquitectónica del pasado y sacar de ella toda la inspiración posible.

Por otro lado, sin embargo, el habitat que heredamos actúa como un freno real ya que, consciente o no, la gente tiende a considerar lo que existe como la mejor guía de lo que debe existir.

Sea como fuere, tenemos que reconocer que la humanidad se halla apresada entre lo viejo y lo nuevo. Si el ritmo de transformación es entonces lento, siempre hay tiempo para reajustarse, puesto que el ritmo de transformación de las necesidades es también muy lento y la gente está satisfecha haciendo sólo las pequeñas alteraciones en el entorno que puedan realizarse en el tiempo apropiado. Pero cuando el ritmo de transformación de toda la sociedad en que vivimos es tan rápido como lo es hoy, el ritmo lento de transformación en nuestro habitat actúa, sin duda, como un freno de la evolución normal o del progreso.

Es éste uno de los nuevos y grandes problemas del arquitecto contemporáneo. El ritmo de transformación exige de él la creación de algo que en muchos aspectos debe ser nuevo; pero al mismo tiempo, el arquitecto arrastra el gran peso de su propio habitat. De ese modo se

encuentra realmente cogido entre lo viejo que no puede ser derruido de la noche a la mañana y lo nuevo que es indispensable para el nuevo modo de vida que se ha de seguir.

3. El Significado de "Nuevo"

Tenemos que aclarar aquí a qué nos referimos al decir "lo nuevo" o, lo que es lo mismo, al decir "lo moderno". ¿Nos referimos a un "moderno" de líneas horizontales que se opondría a "lo viejo" de líneas verticales?

¿Nos referimos quizás a los edificios prefabricados o a los depósitos de agua de aluminio que definen el horizonte de nuestras ciudades? ¿O nos referimos a la casa esférica, o al rascacielos, o incluso a la casa-concha sin fin? No hemos contestado aún a estas preguntas, que siguen pendientes.

En realidad no nos hemos puesto de acuerdo sobre qué es lo moderno o lo nuevo.

En todo caso tenemos pocas realizaciones nuevas y estamos aún rodeados por unas escasas creaciones modernas sumergidas en el gran número de las viejas, porque la fuerza económica y la inercia que ellas crean no nos permiten cambiar de habitat tan fácilmente como cambiamos de traje o de coche.

Dudo que hoy conozcamos realmente qué es lo nuevo, Hace treinta años era más fácil responder a esta pregunta. Entonces, cualquier cosa que no era vieja -que quería decir entonces "académica"-, cualquier cosa que rompiera con la tradición, era considerada nueva, útil, bonita y buena. Era la época de la revolución y se tenía que fomentar cualquier esfuerzo de carácter revolucionario.

Pero no tenemos hoy derecho a pensar del mismo modo. Es hora de reconocer que la revolución no ha sido completa, y para ello sí necesitamos nuevos esfuerzos revolucionarios. Por otra parte, sin embargo, no podemos ya alabar indiscriminadamente todo esfuerzo revolucionario por el mero hecho de serlo.

Es ya hora de romper la asociación mental entre "nuevo" y "Bueno", para poner en claro que lo nuevo no tiene sentido alguno cuando simplemente rompe con el pasado, sino tan sólo cuando representa una aportación positiva al futuro. Si miramos nuestros problemas desde esta perspectiva, tendremos que reconocer que gran parte de la actividad desarrollada en fábricas (en la producción de nuevos materiales y métodos de producción) y en zonas de casas baratas -no importa si construidas según planes privados, societarios, estatales o absolutamente al azar- es mucho más importante que la desarrollada en los estudios de muchos arquitectos importantes. Un químico o un director de producción pueden, en último término, ser mucho más importante para la arquitectura del futuro que muchos arquitectos.

Si puede parecer extraño el hecho de que incluso los esfuerzos privados, no organizados, o los dirigidos a la construcción de casas baratas pueden ser mucho más importantes que la "gran arquitectura", tenemos que recordar solamente que a menudo es mejor dejar trabajar a las fuerzas naturales a su manera, que confiar en nosotros mismos por el simple hecho de que algo nos ha sugerido la fórmula de una solución. En nuestro caso, si admitimos estar en una época de transición y estar confusos, es por lo menos igualmente razonable esperar que la verdad pueda surgir tan fácilmente de la creación humilde como de lo que llamamos "arquitectura de arquitectos". ¡Cuántas veces olvidamos que la falta de todo proyecto es mejor que un mal proyecto! .

4. De la Manufactura a la Industria

Nos damos ahora cuenta de que lo realmente nuevo no se encuentra necesariamente en la mesa de trabajo del arquitecto. Pero observemos los cambios básicos que se están produciendo en

arquitectura.

Uno de los más importantes es el tránsito de la creación arquitectónica desde la labor manual a la industria. Lo que en el pasado fue un problema de producción local basada en la habilidad de los habitantes del lugar y en el uso de los materiales allí disponibles, se está ahora transformando cada vez más en una actividad basada en materiales producidos a cientos o miles de kilómetros, y en partes constructivas que se incorporan al edificio como unidades globales. De este modo, el arquitecto, que fue un tiempo el único director de la creación, está ahora transformándose en un coordinador de la creación arquitectónica, pues se ve cada vez más obligado a emplear materiales y elementos en la concepción, en la producción y en la forma, en cuya elaboración puede no haber tenido intervención ninguna.

Al principio, esa tendencia apareció especialmente en los interiores de nuestros edificios. Más tarde se extendió a algunas partes de la estructura, hasta que gradualmente una parte cada vez mayor del edificio se vio implicada en ello. Si pensamos en los nuevos rascacielos de los Estados Unidos de Norteamérica, en los que se emplean tableros prefabricados, superficies planas construidas de antemano y paredes plegables prefabricadas, no podemos ya dudar de que el arquitecto está empezando a tener un papel distinto. Sin duda, esto no ocurre en todas partes, puesto que si el mismo arquitecto dibuja un refugio en lo alto de una montaña aislada, puede aún estar trabajando al modo del arquitecto -y aun del albañil- de otros tiempos. Y, sin embargo, entre el arquitecto que se ve obligado a trabajar con materiales prefabricados y aquel que tiene que trabajar sólo con materiales naturales, existe una serie completa de eslabones que prueban que el arquitecto moderno ha de pasar necesariamente de una arquitectura que era producto de la labor manual a otra que se ha transformado en un producto industrial. Al mismo tiempo, el número de personas que participan directa o indirectamente en la creación de un edificio se hace cada vez mayor y tiende hacia el infinito.

5. Entre lo Local y lo Internacional

La tendencia general que va de la labor manual a la producción industrial implica también un desplazamiento de las soluciones arquitectónicas desde lo local hacia el nivel internacional.

Si determinados materiales se producen sólo en algunos países, la gente que diseña estos materiales tendrá influencia en el país en que ha de construirse el edificio que los emplea. La arquitectura se mueve así entre lo local y lo internacional y los arquitectos están siempre apesados entre estos dos grupos de fuerzas opuestas.

La cooperación internacional en cuestiones de desarrollo es un fenómeno muy reciente y la experiencia en este campo es limitada. Estamos aún en la fase experimental de este reciente intento de promover una mejor comprensión entre la gente para crear un nuevo mundo. Tomada conjuntamente con los otros elementos de nuestro tiempo, la aceptación de todos los principios que hemos mencionado aquí lleva inevitablemente a una homogeneidad de las soluciones en las distintas partes del mundo. Tres oleadas de influencias han causado este acercamiento.

La primera oleada fue levantada por la creación de medios técnicos de producción o transporte, medios que son empleados en todas partes de manera parecida. Las similitudes empezaron a hacerse evidentes en ciertos tipos de edificios que deben realizar una función standard. Un molino, por ejemplo, podría diseñarse en Londres y ser construido exactamente del mismo modo en muchas partes del mundo. Y esto es cierto, especialmente si los climas de esas zonas son parecidos, o, si aún siendo distintos, se cuenta con calefacción o aire acondicionado.

Independientemente de la región o de la ciudad, existen funciones -en especial las relacionadas con las comunicaciones-basadas en patrones más o menos universales. Hemos construido, por ejemplo, el mismo tipo de garaje y el mismo tipo de edificios para aeropuertos y muelles destinados a servir para los mismos aviones y barcos, en distintos lugares del mundo, y, más aún,

las compañías de petróleo han empezado a vender en estaciones de servicio de un tipo standard que vemos ahora en todas partes. Y así continúa el proceso.

La segunda oleada de soluciones parecidas empezó cuando los materiales producidos en un país - puertas prefabricadas, ventanas, tabiques, etc.- empezaron a venderse y a ser empleadas en otros. El nacimiento de los muebles prefabricados ha llevado incluso a una homogeneidad en el amueblamiento y decoración interiores. Luego, con el incremento de las comunicaciones, las modas se han extendido; concebidas en un país, pueden ahora influir sin embargo en otras partes del mundo a través de revistas, libros, películas, televisión, etc.

Había, por último, las universidades del ámbito más desarrollado del mundo occidental, creando arquitectos que se extendieron por todo el mundo y que representaron un tercer factor conducente a la homogeneidad de las soluciones.

En el principio de la historia humana no existía ninguna tradición de suficiente importancia. Soluciones parecidas se daban en distintas localidades, porque la genta estaba equipada del mismo modo para construir, y porque usaba materiales parecidos en lugares parecidos. La irradiación local, regional o internacional se produjo entonces. ¿Llegará por fin a hacerse tan fuerte que destruya los productos locales?

Existió, desde luego, una justificada reacción contra la tendencia a la homogeneidad, pues era evidente que los edificios no pueden ser iguales independientemente del clima, el lugar y las tradiciones locales. Los alumnos de las universidades occidentales aplicaban miméticamente las soluciones de sus escuelas sin cuidarse de adaptarlas al nuevo medio. Se cometieron así muchos errores; y hemos visto y podemos aún ver numerosos edificios en cualquier parte del mundo, que no sirven en absoluto, porque han sido trasplantados de un país y un medio distintos.

Dos movimientos, por lo tanto, entraron en conflicto. El primero, surgido de la mecanización y estandarización, conducía a una homogeneidad de las soluciones. El otro se oponía a ella alegando que tales soluciones eran impuestas sin tomar en consideración el clima y el lugar.

En las condiciones actuales es bastante probable que ambos movimientos, el que tiende a la homogeneidad y el que defiende soluciones locales, sean convenientes para la mayor parte de los países. El buen criterio en la elección de uno u otro dependerá de la relativa importancia que deba darse a cada uno en un momento dado y para cada tipo especial de construcciones.

6. Frente a Problemas Cuantitativos

Toda nuestra preocupación se ha dirigido hasta ahora al problema de la calidad, y hay que confesar que, al hablar de arquitectura, tanto los arquitectos como los diseñadores de planos se preocupan casi exclusivamente de problemas cualitativos. Hablamos de lo que nos gusta, de lo mejor, de lo más racional, y raramente pensamos en los enormes problemas cuantitativos que tenemos planteados.

Mirando alrededor, sin embargo, no vemos solamente la distancia entre lo académico y lo moderno. Descubrimos que grandes masas de gente no están ni tan sólo interesadas en discutir acerca de las diferencias entre lo nuevo y lo viejo, ni les importa si la arquitectura está evolucionando de la labor manual a la producción industrial, o si nos las habernos con factores locales o internacionales.. De hecho, estos son problemas que tienen que discutir los expertos y que sólo puede entender un limitado número de personas. Las grandes masas de gente están interesadas en su modo de vida, pero cuando hablan de arquitectura examinan superficialmente los problemas de nuestra producción arquitectónica, de nuestro habitat o de nuestras ciudades. Atiende especialmente a la apariencia de la arquitectura. Sin embargo,, si observamos, no las fachadas de nuestros edificios, sino los interiores, descubriremos que millones de personas sin casa o mal alojadas viven en condiciones de vida ínfimas.

Pero debemos dar otro paso y ver que no se trata tan sólo de que la mayoría de la humanidad esté mal alojada, sino de que, además, muchas de nuestras necesidades no están servidas en absoluto o están mal servidas por edificios defectuosos, demasiado pequeños o inadecuados a nuestras necesidades.

¿Cómo reaccionamos ante el hecho de que nuestros esfuerzos constructivos sean menores que las necesidades correspondientes, de que no sean de hecho ni tan sólo comparables a las verdaderas necesidades de la humanidad? Seamos sinceros. En nuestras conversaciones sobre arquitectura olvidamos a menudo el gran número de nuestros clientes potenciales, es decir, olvidamos las cuestiones cuantitativas relacionadas con la arquitectura, considerando que no tienen ninguna influencia sobre la situación. Pero ¿qué porcentaje de gente tiene, de hecho, el privilegio de una casa decente o de una escuela adecuadamente construida? Nosotros no pensamos en esto ni lo relacionamos con los problemas de calidad.

Si decidimos hacerlo hemos de reconocer que nos enfrentamos tanto con problemas cualitativos como cuantitativos, y que los problemas cuantitativos no deberían ser dejados a un lado mientras dedicamos nuestra atención especialmente a los cualitativos. Si esta parcialidad continúa, estamos predestinados a permanecer en la época de transición. Seremos incapaces de salir de ella y, lo que es peor, nuestros esfuerzos por servir a nuestros verdaderos clientes serán un completo fracaso. ¿Cómo podemos decir que creamos una arquitectura cuando las soluciones dadas son buenas o posibles tan sólo para cierto grupo muy reducido, jiué puede existir en todos los países o sólo en algunos, pero que en todo caso constituye una minoría en relación con las grandes masas de población a las que hemos de servir?

Ya es hora de que reconozcamos que, en esta época de transición, nuestra meta no puede ser la creación abstracta de la arquitectura, sino la dedicación de nuestras obras al servicio de todos.

7. De la Megalomanía al Realismo

Si estudiamos la auténtica dimensión de nuestro problema descubriremos que, lejos de ser exageradas, las consideraciones precedentes no son más que pálidos bosquejos de la realidad. Los arquitectos no influyen realmente en la arquitectura, sino tan sólo en una pequeña parte de la actividad arquitectónica global. Y, lo que es peor, a la humanidad no le importa el problema genérico de la creación arquitectónica; le importa sólo la pequeña parte relacionada con sus necesidades privadas.

¿Cómo nos planteamos las cuestiones de este tipo? A través de nuestras escuelas de arquitectura. Pero el espíritu que allí prevalece no ayuda al arquitecto a afrontar nuestros problemas. Basta indicar como ejemplo que la mayor parte de las escuelas enseñan estilos arquitectónicos y ponen un gran interés en la consecución de un estilo moderno original. Pero lo que interesa no es qué estilos han sido creados, sino más bien cómo han sido creados, cuál ha sido el largo y difícil camino que la humanidad ha tenido que recorrer para crear un estilo particular. Lo importante es el proceso por el que un estilo ha nacido, su nacimiento, y no el estilo en sí mismo. Los estilos, como las civilizaciones que los han creado, nacen y mueren a lo largo de los tiempos: lo que importa es el estudio de la dinámica de la formación de los estilos, no el del estilo como forma o como fin en sí mismo.

Otro ejemplo de nuestro fracaso en el intento de plantear tales problemas de modo adecuado es el hecho de que la mayor parte de las escuelas de arquitectura enseñan muy poco sobre casas baratas, sobre el gran número de edificios que se necesitan en todas partes, concentrándose casi exclusivamente en los pocos edificios excepcionales, sea en dimensiones o en concepción.

Es interesante observar que cuando hoy hablamos de arquitectura, cuando abrimos cualquier revista o miramos lo que se exhibe, nuestra atención se fija en edificios que no pueden ser repetidos fácilmente: en un teatro, una gran universidad o un enorme hospital. Pasamos de largo ante la gran mayoría de los edificios que se repiten miles, cientos de miles, incluso millones

de veces, concentrando nuestra atención en las grandes realizaciones. Esto es bueno, desde luego, si estas realizaciones son de verdad excepcionales. Pero atender especialmente a ellas sólo porque son pocas y no fácilmente re-producibles, no teniendo en cuenta la gran mayoría de los esfuerzos de la humanidad por el sólo hecho de que son modestos, es realmente un error. Es natural atender especialmente a las realizaciones extraordinarias cuando son la materialización de ideas acumuladas durante un cierto período, la expresión de una época determinada o incluso cuando son la idealización de la arquitectura que nos rodea.

Durante las últimas generaciones -e incluso en la nuestra-, los arquitectos han estado sufriendo de megalomanía. Todos piensan que su tarea consiste en crear otro Taj Mahal o Partenón; idea que es al mismo tiempo errónea e inútil. ¿Podemos imaginar a nuestros practicantes intentando únicamente imitar a Pasteur o a Koch? Lo que deberíamos entender es que la principal tarea de un arquitecto es, como la de un médico, servir a su paciente basándose en los conocimientos adquiridos y que corresponde sólo a unos pocos investigar y buscar para conseguir un progreso teórico o una realización nueva.

Así, cuando llega el momento de la construcción de un tipo de casa adecuado para millones de personas, los arquitectos, acostumbrados como están a crear sólo edificios grandes y monumentales, encuentran muy difícil emprender el trabajo o ser prácticos en su creación.

De hecho, los arquitectos están al margen del enorme movimiento de la creación de gran cantidad de casas y otras construcciones. La tarea se deja en manos del hombre común o del vulgar albañil, del industrial o del contratista, con el resultado de que no se llevan a cabo más que soluciones conformistas y una dócil imitación de la moda local. La arquitectura es, así, creada no por los arquitectos, sino a pesar de ellos.

Es ya hora de reconocer que los arquitectos hemos cometido graves errores; en lugar de ser la vanguardia, los cruzados de la construcción de casas para las masas, nos hemos quedado tímidamente en segundo plano, dejando a otros nuestra tarea.

8. La Verdadera Cuestión: Cómo Pensamos Vivir

Reconociendo todo esto, debemos centrar la atención por un instante en algo aun más sustancial que el proyecto o plan arquitectónico: en la cuestión de cómo vivimos. Debemos atender el problema no de cómo nuestra arquitectura debe parecer, sino de cómo debe servirnos. Tenemos que admitir, ante todo, que no vivimos como deseáramos, y que la cuestión de cómo deseáramos vivir y de cuáles son nuestros verdaderos ideales es una cuestión aún más difícil de resolver. Al formularnos esta pregunta hemos de tener cuidado en definir sus tres elementos: nosotros, deseamos, vivir.

Al decir "nosotros" nos referimos al hombre cualquiera de cualquier parte, que entra en juego no solamente para ser servido por la arquitectura, sino también para decidir acerca de ella. Esto conduce a nuevas dimensiones del problema y a nuevas técnicas en su solución.

La segunda noción, "deseamos", introduce un difícil elemento, pues es un concepto que por su misma naturaleza es difícilmente definible. ¿Representa el "deseamos" el sentimiento de las necesidades (materiales e intelectuales) del ciudadano medio, llevando, como lleva, el lastre paralizador de su habitat actual? O representa quizás el conocimiento del experto, o incluso el sueño del visionario? ¿Cómo debemos definirlo?

La tercera y última noción, "vivir", requiere también una interpretación adecuada. Al decir "vivir", ¿nos referimos al tiempo que pasamos dentro de la arquitectura (de los edificios), alrededor de ella (plazas públicas, calles...), o incluso lejos de la misma? Después de responder a estas tres preguntas básicas podemos plantearnos otras más concretas: ¿Deseamos habitar en ciudades pequeñas o en ciudades grandes, en pequeñas comunidades o en comunidades mayores? ¿Preferimos vivir en casas de pisos, en hotelitos aislados o en colonias de villas? y luego, ¿cómo

queremos movernos? ¿Queremos andar o movernos en ascensores, escaleras o suelos móviles? ¿Deseamos incluso ser transportados por cintas móviles dentro de nuestras casas, como ha sido recientemente propuesto?

Es importante que nos preguntemos al llegar aquí por qué hemos prestado últimamente mayor atención al viajar que al vivir en nuestras casas. ¿Cómo podemos justificar el hecho de que tanta gente tenga mejor coche que hogar; de que tanta gente que se avergonzaría de conducir un coche viejo viva en casas destartadas? ¿Es quizá muestra de una tendencia al nomadismo?, ¿o simplemente la falta de habilidad de nuestra sociedad en solucionar los problemas de la vivienda?

Personalmente, creo que esta segunda causa es la que está transformando a mucha gente, lenta pero seguramente en nómadas, ya que no tienen una vivienda permanente adecuada. También es oportuno preguntarnos por qué hemos sido incapaces de plantearnos tantos otros problemas importantes relacionados con nuestra arquitectura, como por ejemplo el de la estructura de nuestras comunidades urbanas.

Es ahora, en suma, el momento de preguntarnos si podemos definir nuestros ideales respecto del mejor modo de vida. Sólo si sabemos realmente cómo deseamos vivir y cuáles son nuestros ideales, podremos hallar respuesta a nuestros múltiples problemas, porque sólo entonces sabremos cuál ha de ser nuestra meta.

Una vez definidos nuestros ideales y necesidades podremos preocuparnos del grado en que servimos tales necesidades. Entonces reconoceremos que en realidad no las servimos satisfactoriamente, sino tan sólo hasta un cierto límite, en áreas limitadas y para un número limitado de personas

Al descubrir nuestra época como una época de transición, afirmábamos que no solo la arquitectura, sino todo en general se caracterizaba en ella por un alto índice evolutivo, que todo está en transición y que la arquitectura está simplemente siguiendo esta tendencia general. Enfocamos el problema al modo que lo hacen usualmente los arquitectos: encontrándonos en una transición de lo académico a lo moderno, tratando de descubrir que estamos apresados entre lo viejo y lo nuevo, y de darnos cuenta de que no estamos seguros de lo que queremos decir con la palabra "nuevo", y que tenemos que definirla. Nos aproximamos entonces a los problemas relativos a la sustancia de la arquitectura y dijimos que nos movemos, desde la manufactura, hacia la industria en la producción arquitectónica, que estamos cogidos entre las fuerzas locales y las internacionales, y sobre todo, que tenemos planteados problemas cuantitativos y que nosotros, los arquitectos, entorpecidos por la megalomanía, no tenemos una visión realista de nuestros problemas. Llegamos entonces a la cuestión de cómo deseamos vivir, cosa que tenemos que saber bien antes de definir cómo deberíamos de hecho vivir.

Una generación atrás, nuestro gran problema era cómo romper con el pasado, cómo romper los lazos de siglos y ser libres para crear. Ahora, nuestro problema surge del hecho de encontrarnos embrollados en un período transitorio de la humanidad, y por lo tanto en un período transitorio de la arquitectura. El problema es que, debido a esta transitoriedad, nos hallamos confusos y hemos de superar este estado antes de volver a emprender el camino.

La función del arquitecto está cambiando a causa de la evolución de la arquitectura desde la manufactura a la industria, y debemos asegurarnos de que el arquitecto es capaz de jugar su nuevo papel. El arquitecto debe intervenir en la producción industrial influyéndola adecuadamente, y debe ser también el hombre capaz de crear una más amplia síntesis.

Van desapareciendo muchas de las preocupaciones en los proyectos cotidianos; el arquitecto no tiene ya que preocuparse por los detalles de cada ventana, de cada puerta o de cada tejado. La industria proveerá, con su ayuda, respuestas a tales problemas y él se hallará libre para encontrar su nuevo papel, el de crear, por ejemplo, mejor arquitectura dedicando más tiempo a la síntesis racional y estética de los distintos elementos.

Hemos de concluir quizá que en el futuro tendremos que habérmolas con dos distintos tipos de arquitectos. Uno que se aliará a la industria para contribuir en la producción de los elementos de la nueva arquitectura. El otro, que puede influir en la industria describiendo con precisión los productos que solicita, al tiempo que deja a otros el trabajo de diseñarlos y producirlos, puede trabajar más en el ámbito de más amplias creaciones para la formación de nuestro habitat. Podemos vernos también forzados a buscar otras soluciones que pueden llevar incluso a una revolución en nuestras ideas acerca de la arquitectura y de los arquitectos. Y debemos sentirnos libres para hacerlo si parece necesario, pues existimos para servir necesidades humanas y no para imponer cualquier clase de ideas o disciplinas aprendidas.

C. LAS CAUSAS DE LA CRISIS

1. Las Verdaderas Conclusiones

Es ahora evidente que nuestra confusión en asuntos de arquitectura es debida a la etapa de transición que estamos pasando, y que esto constituye también el principal problema que tenemos planteado. Parece necesario, por lo tanto, tratar de encontrar las verdaderas causas de este problema. Sólo entonces podremos definir las fuerzas que están en juego y las tendencias que están emergiendo, y de este modo pensar claramente la arquitectura del futuro.

1.1. El Crecimiento de la Población

Nuestro primer problema y causa es lo que a veces se ha llamado la explosión de la población. Nunca se había presenciado en el mundo tal expansión de sus habitantes, con el resultado de que mientras la población crece más deprisa debido al avance de la medicina moderna y los programas de salud pública, su incremento no es compensado por ninguna aceleración comparable en la actividad arquitectónica, resultando así que mucha gente se queda sin casa ni habitación. El mismo sujeto a quien la arquitectura sirve ha proliferado, creándose como consecuencia peores condiciones que nunca.

1.2. Desarrollo Económico

El segundo problema y causa de nuestro período de transición es el desarrollo económico, que se produce según un índice sin precedentes, tanto si se considera el índice promedio de todo el mundo como si se atiende sólo al índice de un país en particular. Este índice no puede ser estimado en sí mismo con exactitud, pero es ciertamente mayor que el índice de crecimiento de la población. Puede ser, en general, del orden de un 3 o un 4 por ciento, aunque en algunos países y en determinados períodos puede ser incluso mayor de un 10 por ciento.

1.3. La Socialización

El tercer problema básico, que es al propio tiempo causa fundamental de nuestros problemas, es el de la rápida socialización de todos los aspectos de nuestra vida. En un pasado que no termina antes de hace una o dos generaciones, el arquitecto tenía que trabajar para reyes y nobles, para la casa del Señor o para la mansión de su señor temporal. A veces tenía que trabajar para centros civiles en ciudades donde el municipio asumía la responsabilidad del casco ciudadano, o para fortunas privadas que deseaban mansiones o villas construidas para sus fines privados.

Ahora sin embargo, nuestra actitud está cambiando radicalmente, y la atención de los gobiernos, de las sociedades o de las entidades locales se dirige al servicio de todos los ciudadanos. Ahora debe proveerse de alojamiento a todo el mundo y a todos deben darse las facilidades que ofrece la sociedad moderna. Esto está ocurriendo en todas partes, independientemente de los sistemas políticos, aunque en proporciones variables según los programas de desarrollo económico y la política social de los distintos países, y lleva a un cambio todavía mayor en los conceptos. Dicho simplemente: no construimos ya monumentos.

La oferta tendrá así que aumentar, eventualmente, a un ritmo muy superior al del resultado de la suma del crecimiento de la población y el aumento de los ingresos per capita. Esto planteará problemas incluso mayores en términos de producción, y no solo por el número, sino también por la calidad que será exigida a los edificios.

1.4. Aparece el Coche

Una causa importante de nuestros problemas es la máquina, que ha entrado en nuestras vidas de una vez para siempre, y con un doble efecto. El primero se debe al carácter cambiante del transporte y es un efecto de escala. El estilo arquitectónico, antes definido en relación al hombre solo, se define hoy en relación al hombre considerado conjuntamente con la máquina. El coche ocupa el lugar central en nuestro concepto de la escala hombre-máquina, pues es el coche el elemento mecánico más significativo que ha entrado en nuestras vidas, cambiando nuestra idea del transporte e influyendo por lo tanto en la arquitectura.

El automóvil ha irrumpido bruscamente en nuestras vidas y nos ha echado de la carretera, de las calles y de las plazas, impidiéndonos incluso mirar o acercarnos a nuestros edificios de manera adecuada. Planteando el conflicto entre el hombre y el coche, hemos dejado a ambos insatisfechos, pues hemos destruido la escala de la vida juntamente con la escala de la arquitectura. Hemos causado especialmente el infortunio del hombre, pues se ha vuelto una persona desplazada en su propia ciudad. Pero hemos hecho también de los coches -o más bien de sus conductores- unos desgraciados, porque, aunque construidos para una gran velocidad, están obligados a cruzar las poblaciones a velocidades de seis kilómetros por hora en una ciudad como Glasgow, o a diez kilómetros por hora en Londres.

Nuestros edificios no están ya hechos a la medida del hombre, pues en muchos lugares de muestras mayores ciudades parecen estar flotando en un lago de coches. Tampoco los monumentos y estatuas pueden ser ya vistos en su original perspectiva a causa de la ruptura de la relación entre los seres humanos y sus alrededores cotidianos.

El segundo efecto de esta irrupción del coche es la tendencia, que se manifiesta en muchos países, a vivir a mayor distancia de la ciudad. Al ganar la facilidad de ir y volver a casa en coche se ha roto la unidad arquitectónica anterior, que se basaba en la construcción de casas separadas por grandes distancias, en jardines por los que se aislan las unas de las otras en el paisaje rural. De este modo se forman unos espacios que en el fondo tienen un carácter negativo.

Nuestro espacio urbano tenía antes un carácter positivo: cuadrado o circular, tenía su propia forma característica. Ahora, por el contrario, el espacio ha tomado en muchos lugares un cariz negativo. Y esto representa un grave error de nuestra parte.

1.5. La Industrialización y el Progreso Tecnológico

La quinta causa de nuestros problemas es la industrialización y el progreso tecnológico; ambos factores han contribuido a la expansión de la arquitectura en la tercera dimensión de la altura y la profundidad. Gracias a ellas el rascacielos es un elemento de nuestro mundo arquitectónico y se plantean como consecuencia nuevos problemas tecnológicos y arquitectónicos.

La industrialización y la tecnología han posibilitado edificios que se desarrollan en una tercera dimensión no sólo de altura sino también de profundidad, pues existe hoy un considerable aprovechamiento de las posibilidades subterráneas que se ofrecen en las ciudades. Esta explotación, realizada tanto bajo los edificios como bajo los espacios exentos, provee de medios de transporte, servicios públicos, instalaciones, etc.

La complejidad de los problemas que origina (obliga a la arquitectura a abandonar la época de la manufactura, que podría haber subsistido aún con los edificios de uno, dos o tres pisos.

1.6. La Concentración Urbana

La sexta causa fundamental de nuestros problemas es la concentración urbana. La concentración urbana es el resultado del crecimiento de la población del desarrollo económico y de la socialización, así como de la industrialización y los modernos medios de transporte. Sin embargo ha constituido en sí misma la causa principal de todos nuestros problemas al alterar completamente la escala y el contorno de nuestra creación arquitectónica.

La gran mayoría de nuestros edificios se construye ahora en zonas urbanas, y la arquitectura manifiesta desde luego la influencia de su nuevo medio. Hemos visto ya que la arquitectura se ha extendido en altura y profundidad, pero ésta no es la sola ni siquiera la más importante característica de la arquitectura en las zonas urbanas. Existe el conflicto con los medios modernos de transporte, pero ocurre también el hecho de que en las crecientes áreas urbanas, las construcciones del pasado que daban a las ciudades un carácter monumental -iglesias, ayuntamientos, monumentos, etc.- están pasando a un segundo plano en la ciudad. Y ello por el simple hecho de que fueron concebidos como edificios de pocos pisos. La iglesia ya no es el edificio más alto de la ciudad, y lo mismo ocurre con todas las construcciones monumentales. De ello se sigue que la influencia directa que tales construcciones ejercían sobre la gente está declinando y al propio tiempo pierde importancia su misma función como símbolos al haber perdido relevancia en la escala de la ciudad.

Las grandes construcciones del pasado de naturaleza monumental constituían al mismo tiempo los mayores elementos de la ciudad, que decidían su ritmo y le imprimían su carácter. Ahora se han vuelto relativamente pequeñas y su influencia ha disminuido también hasta el punto de que hoy podemos ya sentir la diferencia. No tenemos más que contemplar una iglesia en una ciudad en crecimiento, oculta entre edificios mucho más altos, para darnos cuenta de que el perfil convexo de la ciudad cuyos puntos culminantes eran las construcciones de carácter monumental, ha sufrido una metamorfosis que lo ha convertido en un perfil cóncavo en que aquellas construcciones han sido reducidas a la insignificancia.

1.7. La Coexistencia de Muchas Fuerzas

La séptima y última causa de nuestros problemas es la misma existencia de todos los factores o fuerzas mencionadas: del crecimiento de la población, el desarrollo económico, la socialización, la mecanización del transporte, la industrialización, el progreso tecnológico y la concentración urbana, al mismo tiempo y en los mismos lugares.

La coexistencia e interrelación de todas las fuerzas a que nos hemos referido tan insistentemente fuerzan al hombre a saltar de un modelo de vida nómada o rural al de la moderna industrialización. Un pastor o un campesino pueden tener que transformarse, de la noche a la mañana, en obreros industriales; es decir, que un organismo libre en la naturaleza tiene que transformarse en un ser social disciplinado. Esto es sólo un ejemplo de la tremenda tensión a que está hoy condenada la gente, y que nos fuerza a nosotros a buscar nuevas soluciones en la arquitectura que puedan salvar al hombre del abatimiento con que le están amenazando sus nuevos modos de vida.

Está ahora bien claro que hoy nos las habernos con una situación dinámica que origina multitud de problemas en cada aspecto de nuestras vidas, y con ello nuevas demandas de creación arquitectónica. Estos problemas van de los más prácticos y cuantitativos a aquellos que envuelven valores culturales y estéticos.

2. La Nueva Dimensión del Tiempo

Si tratamos ahora de captar la principal característica de una situación que ha alterado tan radicalmente el contexto en que se levanta nuestra arquitectura, veremos que lo que realmente ha cambiado es nuestra noción del tiempo.

Es cierto que la población había crecido; es cierto que el proceso de socialización había empezado y la carrera de la mecanización había sido ya introducida en nuestras vidas. Pero los cambios originados por todos estos fenómenos tuvieron lugar en un tiempo mucho más lento. Nuestras necesidades fueron aumentando sin duda en el pasado, pero sin duda a un ritmo mucho menor. Lo realmente distinto de nuestra época es, por lo tanto, el tiempo del cambio, que se ha expresado ya en la población y en los fenómenos económicos y sociales, pero no en la arquitectura. Y de este modo ha nacido la separación.

D. LOS ARQUITECTOS Y LA ARQUITECTURA

1. La Marea Creciente

Es ahora evidente que nos hallamos en un período de completa confusión arquitectónica tanto en el reino de las ideas como en el de la acción, sin duda debido al hecho de que estamos pasando una época de transición. Esta transición entorpece el intento de clarificar nuestras ideas, en primer lugar porque vivimos con muchas de las formas del pasado, aún cuando las condiciones bajo las que fueron creadas han cesado ya de existir.

2. La Responsabilidad del Arquitecto.

No podemos de modo alguno aceptar la idea de que el arquitecto no es responsable en el ámbito de la creación arquitectónica. Pero tampoco podemos esperar de él que se vuelva un dictador. Nadie tiene tal derecho, ni siquiera en su propio campo. La humanidad se reserva la decisión final en las grandes alternativas como las de su modo de vida, su arte y su arquitectura. El arquitecto no tiene la última palabra, y en ningún caso puede imponer su voluntad a la comunidad. Pero tampoco puede sentarse ociosamente y limitarse a seguir los nuevos hechos tal como se presentan.

Es evidente que el arquitecto -como experto en el campo de la arquitectura- tiene una gran responsabilidad, a saber: estudiar los problemas contemporáneos y proponerles soluciones. Al decir problemas contemporáneos no nos referimos simplemente a los problemas del diseño arquitectónico stricto sensu, sino a los problemas más amplios de la arquitectura en una sociedad en estado de desarrollo. Es el arquitecto, por lo tanto, quien tendría que estudiar la situación que se desarrolla a su alrededor, interpretarla en términos de arquitectura, presentar sus conclusiones en forma de construcciones, diseños y textos, exponer la necesidad de una nueva creación arquitectónica y luchar por la causa justa.

Si hace esto como debe entenderá que hasta cierto punto está obligado a seguir las directrices generales de su época. El arquitecto no tiene derecho, por ejemplo, a oponerse a la industrialización y estandarización, pues estas fuerzas generales, ahora en pleno desarrollo, están sirviendo y ayudando a la humanidad en su camino hacia la socialización y elevación del nivel de vida. El arquitecto tiene que entender el sentido positivo de la industrialización y la estandarización relativo a su propia creación y debe estar preparado para crear una arquitectura que corresponda a las directrices generales de la humanidad. Su función es producir lo mejor que cabe producirse dentro de estas directrices, y no cambiar las tendencias generales de la humanidad. No debe, por otro lado, aceptarlas como hechos que no le permiten ya crear nada mejor. Ciertamente, no puede diseñar sin los elementos estandarizados con los que la industria ha sustituido al artesano, pero tampoco ha de aceptar el producto industrial tal cual sin tratar de mejorarlo y adaptarlo a sus propios designios arquitectónicos. Esto conduce a la simple conclusión de que el arquitecto tendrá un día que entrar en el ámbito industrial y producir su construcción en la fábrica, en lugar de estar esperando a que los productos arquitectónicos sean creados por el ingeniero mecánico o el diseñador industrial, sin su colaboración.

De igual modo, no es el arquitecto quien ha de enjuiciar la tendencia hacia la socialización de nuestros modos de vida. No tiene derecho a dedicarse exclusivamente a la erección de edificios

monumentales, como hacía en el pasado. Tiene que entender la necesidad de la socialización en la sociedad actual y futura, y ajustar su arquitectura para servir a los fines más generales de la humanidad establecidos hoy por un número mayor de personas y para un mejor modo de vida. O, tomando otro ejemplo, podemos afirmar que no es función del arquitecto decir "¡Prescindamos del coche!". Su papel y su responsabilidad consisten en entender que el coche, como la máquina, está ahí y continuará estándolo (a menos que le sustituya algún otro medio de transporte), aunque no como el maestro de nuestra arquitectura o nuestro modo de vida, sino como nuestro servidor.

¿Puede el arquitecto trabajar en este sentido? Si puede es que está alcanzando su responsabilidad. Si no puede es que no va a alcanzarla.

3. El Fracaso del Arquitecto

Tenemos ciertamente derecho a decir esto de una profesión que se las ha arreglado para influir sólo en una ínfima parte de la actividad total de su campo y que ha conseguido contribuir tan poco a la creación de mejores condiciones de vida para la humanidad. ¿Cómo podemos justificar nuestra existencia al hombre de la calle si él sabe que no le servimos ni directamente, pues su casa no ha sido construida por un arquitecto, ni aún indirectamente, pues no contribuimos a la creación de un habitat mejor? Estos hechos son evidentes y no podemos continuar ya escondiendo la cabeza en la arena.

Antes de llevar más lejos nuestro argumento, permítaseme explicar por qué hablo tan categóricamente del fracaso del arquitecto. Las razones son éstas:

- a. En términos cuantitativos, el arquitecto no se encarga de más de un 5 por ciento de la total actividad constructora en el mundo, ni de más de una millonésima parte de la creación total de espacio urbano.
- b. En términos cualitativos, incluso una gran parte de esta limitada actividad es de muy baja calidad sea por causa de las fuerzas de inercia sea por la de una mala comprensión de la tarea del arquitecto.
- c. Las creaciones arquitectónicas valiosas se limitan a unas pocas construcciones de calidad. Estas construcciones no forman un espacio público arquitectónico en las agrupaciones humanas, y por consiguiente su efecto se pierde en gran medida.

Existen muy pocos edificios que hayan conseguido crear nuevos conceptos arquitectónicos y que hayan contribuido a la consecución de un mejor sistema de vida, y son muy pocos también los que han conseguido crear un espacio arquitectónico, y éstos no bastan para justificar la actividad de los arquitectos de todo el mundo o la existencia de las escuelas de arquitectura. No olvidemos que dos de los tres arquitectos considerados como más importantes entre los modernos (Le Corbusier, Mies van der Rohe y Gropius) no estudiaron en escuelas de arquitectura y que empezaron a construir por iniciativa propia.

Todo esto nos lleva a una definición del papel y obligaciones del arquitecto, así como a un examen de la función y sentido de la arquitectura.

¿Se limita la arquitectura al diseño de unos pocos edificios, a presentar una buena fachada a la calle y a crear unas pocas habitaciones racionalmente distribuidas en el interior? ¿Podemos estar justificados como arquitectos si creamos construcciones individuales que son satisfactorias en sí mismas? ¿Basta que las construyamos en el marco de planos generales y distribuciones urbanas inadecuadas de modo que no contribuyan a la creación de un ambiente mejor, de un mejor habitat en conjunto? ¿O hacer arquitectura consiste en algo más importante? ¿Podría consistir la arquitectura en producir simplemente unos pocos edificios satisfactorios en algún punto del cono de la actividad edificatoria total, o tiene la arquitectura que hacer algo más que esto?

4. El Sentido de la Arquitectura

Las últimas preguntas plantean algunos problemas básicos relativos a la naturaleza misma de la arquitectura. ¿Qué queremos decir con la expresión "creación arquitectónica"? ¿Y por qué hablamos de la influencia o falta de influencia de la arquitectura, de su limitación a una área particular o de su producción de soluciones híbridas?

Al hablar de arquitectura aceptamos desde hace tiempo que no significa la total actividad edificadora, sino una técnica y un arte enseñado en las universidades -un producto de la tecnología organizada de los países en desarrollo-. En este sentido la arquitectura tiene la influencia limitada que le hemos atribuido.

Pero no fue siempre así, puesto que la arquitectura (del griego *architekton*, que significa "maestro en albañilería" o "maestro en construcción") fue esencialmente el arte de la construcción. Era, como tal, la expresión de las mejores técnicas de que disponía en cada época, así como la expresión de aquellas mentes poderosas que, por selección natural, se encontraron en el vértice del cono de la creación arquitectónica. La cima de este cono representaba en cada cultura la expresión monumental de la artesanía de la construcción tal como era ejercida por cada uno de los alhamíes y constructores del país.

Hoy, en la era de la socialización rápida y del interés creciente en toda la humanidad, la arquitectura no tiene justificación alguna para concentrarse en uno o en unos pocos edificios o grupos de edificios, sino que tendría que poder cubrir una comunidad, una región, un país; en definitiva, la actividad constructora total del mundo.

Esta interpretación no se debe sólo a los más amplios conceptos de nuestra era, sino también al hecho de que ya no es posible establecer distinciones entre partes importantes y no importantes de una ciudad, o entre zonas monumentales y no monumentales; pues las ciudades se caracterizan hoy por un concepto omnicomprendivo del espacio arquitectónico.

Así, si aceptamos la arquitectura como la técnica y arte de llevar a cabo la actividad constructiva total, concluiremos necesariamente que la arquitectura está también enormemente influida por la ciencia, ya que en nuestro tiempo todo tiende a hacerse más y más científico.

Mirada desde un punto de vista científico, la arquitectura está menos avanzada que ningún otro ámbito de actividad de nuestra época. La investigación arquitectónica es muy limitada; además, se ha hecho muy poco en lo que se refiere a un concepto adecuado del espacio arquitectónico fuera y dentro de los edificios, o de la relación del hombre con el espacio en que vive en términos psicológicos, microclimáticos, o estéticos.

De modo parecido, la arquitectura se encuentra rezagada en el campo de las técnicas de construcción, donde su contribución es aún elemental, si no primitiva, en contraste con las Obras revolucionarias realizadas por otros sectores. Finalmente, debido a la gran inercia de la creación arquitectónica, podemos también afirmar que la arquitectura está rezagada incluso desde el punto de vista del arte.

Este concepto adecuado de la arquitectura que cubre todo el campo de la actividad constructora nos recuerda la manera como fue creada. En realidad, la arquitectura se creó en el nivel inferior del cono de la actividad constructora total; fue luego refinándose a medida que ascendía a un nivel superior hasta que encontró por fin su expresión monumental (aunque no necesariamente la mejor} en el vértice del cono.

En este sentido podría definirse la arquitectura como la actividad constructora total con su expresión monumental en el vértice. Por esto mucha gente en distintas épocas tomó el vértice de la pirámide por el todo y definió la arquitectura tan sólo como el arte y técnica de las construcciones monumentales.

La situación sólo ha cambiado en las últimas generaciones y se ha creado directamente la arquitectura en la cima extendiéndose desde ella a los niveles inferiores. Así, mientras que la arquitectura expresaba antes del punto culminante de una artesanía realizada en todo el mundo y era un producto natural de la experiencia constructora total, hoy es concebida y enseñada a otro nivel y trata de influir la actividad total desde la cumbre.

Si queremos atender al mismo problema en el espacio tendremos que examinar las fuerzas que llevan a la creación de la arquitectura y sus modos de operar. En el pasado, la creación

arquitectónica en el espacio se movía en una dirección: desde los elementos más pequeños a los de mayor tamaño. Un campesino construiría su cabana, un alhamí una casa mejor, un mejor albañil perfeccionaría esta casa, un maestro de obras haría las construcciones más importantes en cada centro y los mejores maestros crearían la arquitectura monumental. La arquitectura monumental no era creada en el vértice del cono, sin relación directa con los elementos más pequeños en el espacio; de hecho, lo cierto es todo lo contrario, pues era un producto de la creación arquitectónica al nivel de los núcleos o células que tomaron gradualmente un carácter monumental en la cima a través de un proceso de selección.

En el futuro, la creación arquitectónica en el espacio no recorrerá el mismo camino. Se moverá, por el contrario, unilateralmente. En lugar de empezar al nivel más bajo, desde los núcleos más pequeños, y continuar hacia arriba, comenzará en los distintos centros del gobierno, la economía o la educación, para extenderse en todas direcciones. Por ejemplo, una empresa industrial con su propio departamento de investigación influirá inmensamente en la arquitectura a través de los productos que crea. El gobierno influirá en la arquitectura definiendo, a través de su aparato planificador a escala nacional, no sólo el tipo económico de cada vivienda, sino también toda clase de tipos relacionados con el coste, producción, aspecto físico, etcétera. Por otro lado, las escuelas y centros de ingeniería podrán influir en los métodos constructivos a través de la investigación y la educación, y estos métodos van a producir un gran impacto en la arquitectura. Mientras tanto, las escuelas de arquitectura tratarán de coordinar todos los esfuerzos y atraerlos a un foco común. En este aspecto, la tarea de las escuelas de arquitectura en el futuro será mucho más complicada de lo que es hoy. Será asunto suyo entender rectamente todas las tendencias de la estructura política y social, la economía, la técnica o las artes de un país, y expresarlas coordinadamente de modo que conduzcan a la realización del mejor producto arquitectónico en conjunto.

En el futuro el problema de la coordinación de todas las fuerzas de la creación arquitectónica hacia un resultado de mayor calidad será una tarea muy difícil y complicada. Se ve también claro que si las tendencias actuales continúan se producirá una transferencia o radiación desde el más bajo nivel a otro mucho más alto. Esto no significa sólo que la influencia de la arquitectura realizada en cada choza o en cada pequeño edificio vaya a desaparecer, sino también que la influencia de todo tipo de creación en cada pueblo o comunidad de bajo orden no va a influir hacia arriba. Parece descubrirse una amenaza de dictadura en el campo de la arquitectura, que eliminará todas las fuerzas de importancia local. De hecho, cuando la arquitectura se creaba en el pasado al más bajo nivel, las condiciones locales cambiaban tanto de una comunidad a otra que existía la posibilidad de una expresión arquitectónica distinta en los diferentes niveles, más altos por el principio de la selección natural y de la supervivencia de lo mejor. Tal como están las cosas, esto no será ya posible en el futuro, y planteará por lo tanto uno de los mayores problemas que tendremos que afrontar.

De hecho, esta tendencia tendría que ser considerada juntamente con otra, de la que hemos ya hablado: la tendencia a emplear más y más gente en la construcción de un edificio. Mientras que en el pasado un edificio era levantado por el mero albañil responsable de su realización, veremos quizá en el futuro cada edificio realizado conjuntamente por muchas fuerzas culturales, artísticas o de otros tipos, así como la incorporación de productos procedentes de muchas partes del mundo en cuya elaboración ha intervenido a su vez mucha gente.

Es ya hora de que reconozcamos que el fracaso de la arquitectura coincide con la época en que se llega a ser arquitecto de modo distinto. Durante toda la historia de la humanidad el arquitecto era considerado, hasta donde podemos llegar a saber, como un director natural, no sólo porque era mejor que los otros en su trabajo, sino también porque era seleccionado gradualmente como el mejor entre todos los que trabajaban en la construcción. De este modo no era el diseñador de edificios sino el director de la industria de la construcción; no estaba limitado a una responsabilidad teórica por su propio producto, sino que estaba directamente relacionado con su éxito o fracaso. Era al mismo tiempo el hombre que concebía, diseñaba y construía un edificio de modo adecuado; le concernía tanto la tarea de satisfacer las necesidades de los habitantes como la de proporcionarles un producto al más bajo precio posible.

A este respecto hemos de reconocer que la raíz de los problemas que describíamos como expresiones de un período de transición, coincide con el distinto sentido que damos a la palabra "arquitectura".

Ahora bien, tras haber reconocido la creciente marea que trabaja contra nosotros, tras haber asignado la responsabilidad del arquitecto en este ámbito, tras haber descubierto lo pequeña que es su influencia y habiendo explicado que el sentido de la arquitectura no se limita a la creación de unos pocos edificios aislados, y menos aún a diseñarlos, ahora, decíamos, hemos alcanzado el punto en que podemos ya definir la función del arquitecto.

El único camino para superar la crisis actual es intentar definir otra vez la función del arquitecto. Podemos entonces continuar elaborando las nuevas soluciones para los nuevos problemas que tenemos planteados.

5. El Dilema del Arquitecto

Recapitulemos ahora lo que hemos creído descubrir acerca de nuestra situación. Inevitablemente, el proceso creador en arquitectura es hoy distinto que el del pasado y plantea por lo tanto distintos problemas al arquitecto. El arquitecto fue un tiempo el producto de una evolución. Fue elevado desde los estratos que están por debajo de él por selección natural. Tenía sólo que mirar hacia arriba, pues las raíces del pasado eran profundas en el conjunto de la creación arquitectónica. Hoy, sin embargo, las cosas son distintas. El arquitecto se encuentra ahora en la cumbre del cono y ha de mirar hacia abajo. Si no lo hace no tiene la más mínima noción de su conexión con el cono de la creación total, un cono sobre el que se sienta como sobre un elemento extraño.

Contrastando el arquitecto de nuestros días con el arquitecto griego clásico, el *architekton*, el *Ma'mur* de los mogoles o el maestro de obras de la edad media, pueden hacerse dos observaciones.

En primer lugar, que el arquitecto actual se halla situado inmediatamente en la cumbre, y que debe por lo tanto descender si quiere ejercer su influencia; y, además, que se ha alejado del lugar de la construcción perdiendo así contacto con la construcción misma. Antiguamente, el arquitecto era primero un albañil y luego un maestro de obras. Hoy se le da el título de maestro constructor en la Universidad, pero debe descender para llegar a ser un albañil.

Ahora sabemos dónde nos encontramos. Somos un producto distinto nacido en una distinta época, en una época en que la humanidad tiene planteados en arquitectura más problemas que los que nunca tuvo. Es precisamente en este momento crítico en el que avanzamos con sólo la educación y la influencia de lo situado en la cima del cono, cuando en realidad necesitamos raíces, las mejores y más profundas raíces posibles. Sin ellas podemos encontrarnos un día sin fuerzas infraestructurales básicas. Tenemos ahora un cuerpo de arquitectos que realiza un nuevo y distinto tipo de arquitectura; pero aunque tenga bastantes años es de hecho un tipo de arquitectura muy joven en su concepción misma. Al propio tiempo tenemos ahora que conquistar el mundo. Hemos ciertamente de preguntarnos hasta qué punto podemos hacerlo.

¿Cuál es la función del arquitecto moderno ante la creciente marea, y cómo podemos resolver sus problemas? ¿Ha de continuar en la cima del cono y tratar desde allí de influir en sus bases? ¿Tiene que remoldear nuestras ciudades, luchando en una batalla imposible en que ve el furioso mar de las viejas construcciones a su alrededor y siente las olas de las nuevas construcciones azotándose por todas partes? ¿O ha de crear algo nuevo? Este gran dilema que se nos plantea ofrece por sí mismo una serie de interrogantes con los que el arquitecto se ve obligado a ejercitar su pensamiento. ¿Dónde debe nacer y crecer nuestra nueva creación?, ¿en zonas urbanas o rurales, en países nuevos o viejos? ¿Es la creación de nuevas capitales como Chandigar, Brasilia o Islamabad, la nueva capital del Pakistán, o las de los países africanos, una mera coincidencia que no tendrá influencia alguna en las futuras directrices de una evolución más amplia?

Se encuentra aquí, el arquitecto, afrontando difíciles problemas y preguntándose si debe plantearse la creación arquitectónica en su conjunto o si ha de sentarse en la cumbre del cono e intentar influir desde allí; si debe prestar su atención al desarrollo de toda clase de edificios para plantearse todos nuestros problemas o simplemente diseñar monumentos. ¿Va a transformarse en un científico que reconoce toda la extensión de su problema, lo analiza y define una política y un programa para afrontarlo?, ¿o está condenado a continuar siendo un diseñador que, para disimular su debilidad, profesase un albañil cuando hablamos de arte y un artista cuando hablamos de construcción? ¿Va a mezclarse con el hombre común, incluso si ha de ser un trabajador anónimo, para reaparecer algún día, como por arte de magia? , ¿o va a vivir en una torre de marfil, diseñando egofstamente monumentos y despreciando las directrices y necesidades de su alrededor?

Ahora podemos entender la verdadera magnitud del dilema del arquitecto. La exacta respuesta que a él vaya a dar y el camino que va a escoger serán decisivos no sólo para su futuro sino para su misma supervivencia.

E. NUEVAS SOLUCIONES PARA NUEVOS PROBLEMAS

1. Buscando Nuevos Caminos

¿Debe el arquitecto buscar desde esta perspectiva un camino hacia el futuro? No lo creo; pues, como hemos demostrado, hay una tal cantidad de factores inéditos introduciéndose en nuestras vidas que es demasiado pronto para decidir ya el camino a emprender. Lo que puede hacer la arquitectura es detenerse un momento y pensar seriamente sobre el futuro, pues los grandes problemas de su alrededor encuentran eco en los igualmente grandes surgidos en su propio seno. No sólo debe adaptarse al mundo cambiante, sino también a las cambiantes exigencias de su profesión, e incluso a la idea de que puede estar en el mal camino y que puede tener que cambiarlo.

El arquitecto debe reconocer las nuevas necesidades y las nuevas directrices, y ha de encontrar nuevos modos de afrontar sus nuevos problemas. Aunque la situación descrita pueda parecer desesperada al lego, no lo es realmente. En definitiva, si somos capaces de crear una tal confusión hemos de ser capaces de salirnos de ella. De hecho, si miramos alrededor podemos ver que existen ya algunas de las nuevas soluciones a los grandes problemas que nos envuelven. Si analizamos estas nuevas soluciones en relación a nuestras necesidades, haciendo lo posible para entender cuáles son realmente las nuevas exigencias, estaremos sin duda mejor equipados para el futuro.

Hemos hablado ya de las nuevas fuerzas que han entrado en juego; económicas, sociales, políticas, administrativas, tecnológicas y estéticas. La arquitectura no es ya un asunto que deban decidir sólo los arquitectos, sino que ha de ser pensado conjuntamente con muchas otras personas y coordinando muchas otras opiniones. Ni basta ya decir que podemos ciertamente crear la mejor arquitectura, pero que la sociedad no la entiende o el gobierno no puede financiarla, quedando así todo sin nacer, en puro proyecto. La arquitectura existe sólo cuando está materializada por construcciones reales.

Vivimos en un mundo en desarrollo, y la sola justificación de la arquitectura es su conexión con la evolución general de la sociedad. Para nuestro propósito podemos definir esto como la expresión de todas las fuerzas que influyen en la creación de edificios, recordando siempre que el arquitecto se halla condicionado tanto por la economía como por la estética, por la realidad social y por la técnica, por la política y por los fenómenos culturales.

Si consideramos la arquitectura como integrante del desarrollo general que se produce en nuestro derredor, entenderemos lo mucho que se halla condicionada por los factores del ambiente, factores que deben ser tomados seriamente en consideración. Entendemos también lo mucho que

está condicionada por factores extraambientales, y trataremos de satisfacer también sus demandas.

UNA NUEVA FUNCIÓN PARA LA ARQUITECTURA

Es ahora evidente que la nueva función de la arquitectura requiere una comprensión de las nuevas dimensiones de nuestro problema y de la complejidad de las fuerzas que han planteado la situación actual, dos factores que plantearán aún mayores dificultades en el futuro.

Si intentamos definir los problemas con que se enfrenta hoy la arquitectura observaremos que pueden dividirse en dos categorías. La primera comprende aquellos problemas que exigen la comprensión de la situación ambiental del lugar y la función de la arquitectura como disciplina de consolidación y coordinación. La segunda categoría consiste en problemas no relativos al ambiente y requiere una acción de nivel mucho más elevado. Estos problemas son aquellos que encuentra la arquitectura en relación con la industria, el gobierno y las otras fuerzas de la sociedad moderna en expansión. Es obligación nuestra definir la función de la arquitectura en ambos campos.

La arquitectura debe estar coordinada geográficamente, es decir, con su ambiente al nivel local. La casa que construimos debe coordinarse con otras casas, construcciones, plazas, espacios exentos y tránsito, pero debe coordinarse también en un nivel más amplio con otras actividades similares. Si consideramos los materiales no hemos de pensar (ocalmente, sino a escala nacional, o quizás incluso internacional, sobre la disponibilidad y economía de los materiales sobre la mano de obra y sobre la economía que influye nuestra creación. Todos estos aspectos deben integrarse entre sí y también con otros aspectos de nuestra actividad. Hemos de encontrar las soluciones adecuadas para escuelas, para casas, para las múltiples clases de construcciones y funciones que constituyen nuestra arquitectura en su conjunto. Del mismo modo, la coordinación ha de realizarse jerárquicamente, no sólo al nivel local sino a todos los niveles: regional, nacional y a veces incluso internacional. De esta forma podemos contemplar nuestra realización en el más amplio marco del mundo, en toda su amplitud, en el cual esta adscrita.

Las grandes realizaciones del pasado, aquellas ciudades, vecindades, comunidades y plazas que aún admiramos como obras maestras de la arquitectura, fueron ciertamente el resultado de la coordinación de la arquitectura, primero al nivel local y luego a niveles más altos.

Es fácil comprender la necesidad de coordinación al nivel local; lo que es más difícil, sin embargo, es entender la necesidad de coordinar la arquitectura a niveles más altos, sea regional, nacional o internacional, y las técnicas por las cuales puede realizarse. Hemos visto ya que la actual confusión se debe, entre otras cosas, al hecho de que la creación arquitectónica es influida por fuerzas derivadas de muchos centros de radiación no coordinados, tales como la industria, el gobierno, el arte, la ingeniería y la arquitectura. No podemos continuar con éxito nuestra actividad sin darnos cuenta de que las escuelas de arquitectura, centros de investigación y educación arquitectónica, etc., tienen la enorme tarea de coordinar todas las fuerzas que influyen sobre la arquitectura, de modo que sea por fin realizada la coordinación general que irradia hacia todos los ámbitos de la creación arquitectónica.

La arquitectura puede ser vista ahora en su contexto propio, como expandiéndose para cubrir no sólo el casco urbano sino la zona urbana en conjunto, extendiéndose luego hacia el campo, invadiendo otros países y no sólo a los del mundo occidental. La arquitectura tiene que cubrir áreas cuyos edificios y modos de vida tienen uno, diez e incluso más siglos, de modo que extendiéndose espacialmente adquiere la verdadera perspectiva del tiempo, y aprende las reglas de la evolución.

2. Una Nueva Función para el Arquitecto.

Desde esta perspectiva, la función del arquitecto era y es la coordinación de distintos esfuerzos. En una casa él es el coordinador de todas las necesidades y elementos de las soluciones, sean elementos económicos, técnicos o sociales. Ha de cubrir las necesidades humanas con un caparazón físico que deberá probablemente construirse con elementos procedentes de muchas partes del mundo y producidos por otra gente. En relación con el conjunto de las viviendas él es también el coordinador que trabaja en la creación de la vecindad que ha de servir no sólo a las necesidades de la familia sino también a las de la comunidad. Ha de influir por lo tanto en la industria para que construya la mejor clase de elementos, ha de emplear las ciencias sociales para la formación de un habitat mejor al nivel de la casa o de la comunidad, y tiene, finalmente, que apremiar y ayudar a los gobiernos en la elaboración de una buena política de la vivienda.

Por eso podemos llamar coordinación a la función del arquitecto. Debe coordinar al más alto nivel de la concepción arquitectónica y de su realización, y también llevar a cabo una coordinación local y espacial, en la casa y en la pequeña comunidad; ésta es la unidad de vida que está completamente bajo la decisión del arquitecto y no se desarrolla lejos de él. Esta coordinación espacial puede expresarse ahora como la coordinación de todos los elementos arquitectónicos entre sí, y como la de todos estos elementos con su ambiente. O, lo que es lo mismo, la arquitectura tratará de crear unidades espaciales idóneas y su adecuada relación con su derredor, lo que implica la cohesión entre los elementos y las raíces en su medio ambiente.

El arquitecto tiene así una nueva y más difícil misión, y si no ha de fracasar tristemente debe realizarla del modo más sistemático. Para hacerlo ha de entender exactamente la naturaleza y dimensiones de su papel así como los medios que tienen a su alcance.

¿Qué medios va a emplear el arquitecto para alcanzar sus fines? ¿Va a trabajar con los conocimientos arquitectónicos pretéritos, o va a emplear nuevos medios? La respuesta es in duda la segunda. Tendrá que encontrar nuevas soluciones a sus nuevos problemas. Tendrá que entender ante todo que la expansión de su objeto ha originado la necesidad de una supervisión, que él no puede ya abarcar, en la concepción de los problemas generales de las agrupaciones humanas cuya extensión y complejidad aumenta progresivamente. Para poder con ellos tendrá que seguir los nuevos métodos de la ekística -la ciencia de las agrupaciones humanas-.

Para crear un edificio en el marco adecuado tendrá que entender los nuevos tipos de organizaciones urbanas que se están desarrollando dinámicamente. Para obtener una unidad de la que ha de ser responsable, tendrá antes que reconocer que el ámbito de su trabajo es toda la humanidad. Tendrá que ceñirse a las soluciones adecuadas en las casas, edificios y construcciones. Tendrá que entender finalmente que la síntesis no puede ya ser bi o tridimensional sino que tiene que transformarse necesariamente en una síntesis de cuatro dimensiones.

Las conclusiones son bastantes simples. Para ejercer su función el arquitecto ha de:

- a. Reasumir su función tradicional de maestro de obras, como coordinador de todas las fuerzas que cooperan en la construcción de un edificio, sin limitarse al aspecto del diseño de la creación.
- b. Ampliar la extensión de su objeto hasta el punto de que no incluya sólo simples edificios sino unidades que han de servir mejor a las nuevas demandas de su función, así como realizar la síntesis arquitectónica en los más amplios espacios creados por las nuevas formas de las agrupaciones humanas en expansión.
- c. Intervenir en la industria, el gobierno y centros de investigación y educación donde se desarrollan las nuevas concepciones relativas a los modos y el arte de vivir, a la construcción y las necesidades de la producción. De este modo la creación arquitectónica será influida en un nuevo nivel; en un nivel en que el arquitecto no se ha introducido aún pero con el que debe familiarizarse si ha de realizar sus propósitos; y

c. Realizar todas estas actividades con plena conciencia de que él es el científico, el técnico y el artista responsable de la creación arquitectónica. Para lograrlo debe alcanzar una educación mucho más amplia que la actual.

Sólo si el arquitecto es fiel a estos cuatro puntos e interviene en todas partes influyendo la creación arquitectónica, será capaz de conducir a la humanidad hacia una nueva arquitectura.

3. Una Nueva Aproximación: La Ekística

La Ekística (del griego oikos que significa casa o habitación, domicilio, morada o vivienda) es la ciencia de las agrupaciones humanas. Coordina las ciencias económicas y sociales, las ciencias políticas y administrativas, la tecnología y la estética en un todo coherente, y conduce a la creación de un nuevo tipo de habitat humano. Para trabajar en este habitat el arquitecto debe enriquecer sus conocimientos para ser capaz de cubrir los referidos campos y cooperar con quienes desarrollan la comunidad, con el urbanista, el planificador, el economista, el geógrafo y el sociólogo como miembros de un sólo equipo. Tiene la posibilidad de guiar este equipo como un maestro coordinador hasta una cierta magnitud de su objeto, o bien limitarse a ser meramente el hombre que ejecuta las decisiones de su trabajo, decisiones muy a menudo en conflicto y en todo caso tomadas a distintos niveles.

Se podría preguntar por qué tiene la arquitectura que transformarse en nuestro tiempo en ekística, y por qué no era antes necesario. La respuesta es que el arquitecto está forzado a poseer muchos más conocimientos y una mayor habilidad, si quiere superar la creciente marea de los problemas actuales. La evolución era tan lenta en el pasado que los hombres ordinarios eran capaces de adaptarse a las cambiantes exigencias de su tiempo. Así, para expresar la arquitectura monumental de su época, el arquitecto -que era el maestro constructor- podía ir creando soluciones y formas siguiendo un proceso normal de desarrollo. Había aprendido durante un largo período de su vida las exigencias ekísticas de su tiempo. Tal situación no es ya posible, pues en nuestro mundo la duración de una vida no es bastante para ofrecernos la experiencia que necesitaríamos para pasar de ser albañiles a ser constructores de ciudades. Estamos obligados, por lo tanto, a prender ekística para poder entender nuestros problemas, para dominarlos y domeñar también los cambios que continuamente están ocurriendo.

4. De Albañiles a Mestros de Obras

Los arquitectos del pasado empezaban como albañiles y, a través de una evolución adecuada, se hacían maestros de obras. Actualmente, estos maestros de obras, los arquitectos de hoy, tendrán que trabajar en la arquitectura de modo científico.

Pero si echamos una ojeada alrededor para ver hasta dónde podemos responder de la tarea que tenemos encomendada, que sin duda es enorme, hemos de observar estos hechos:

a. Que somos muy pocos, ciertamente no más de un 5 por ciento del número exigido por las construcciones actuales o aun para diseñar simplemente los edificios.

b. Que estamos confinados en la función de diseñadores de edificios y no se nos permite hacer de maestros de obras, y

c. Que estamos muy mal equipados para realizar nuestra verdadera función de desarrollar el adecuado habitat humano.

Si queremos ser honestos hemos de confesar que la mayoría de nosotros sufrimos la peligrosa enfermedad de la megalomanía.

Para evitar el peligro de vernos desplazados de la creación arquitectónica hemos de descubrir nuestra propia función. El arquitecto ha de identificarse una vez más con el maestro de obras:

ha de intervenir en todas las fases de la industria de la construcción, jugar su papel en la producción de los materiales constructivos y participar en la construcción de los edificios. No ha de tener miedo a volver a su función ancestral de ser el verdadero constructor de la arquitectura. Pero debe entender además que ha de ser también un patrón, un planificador, un administrador, un científico y un artista. Como tal ha de intervenir no sólo en la industria y la producción sino también en los centros oficiales de investigación y educación; en resumen, en todos los lugares de donde surge la verdadera arquitectura.

F. SALIENDO DE LA OSCURIDAD

Me encuentro otra vez en el oscuro círculo en que empecé a andar a tientas tratando de encontrar mi camino. Tengo muchos caminos por delante, pero no estoy ya perplejo; sé ahora que la arquitectura está pasando un período de transición y que a pesar de todas las dificultades podemos encontrar una salida.

El camino que hemos de tomar conduce hacia una arquitectura humana y ecuménica que en vez de eliminar todas las expresiones locales, las incorporará en una arquitectura que continuará y no dejará de lado las tradiciones del pasado.

Nuestro camino no es simplemente un camino revolucionario. La anterior generación de arquitectos - los grandes maestros y sus continuadores- han cumplido su misión: empezaron la revolución y establecieron las cabezas de puente. El movimiento está ahora perdiendo impulso y tiende en muchos aspectos hacia un nuevo academicismo -el academicismo de lo moderno. No podemos continuar siendo revolucionarios, pero mucho menos podemos transformar el trabajo de los revolucionarios en un estilo.

Estamos en el principio de un proceso. Nuestra principal tarea es consolidar los descubrimientos de la revolución, conectar las cabezas de puente y desde allí llevar el movimiento hacia adelante. Personalmente, tras veinticinco años de correr por el mundo y trabajar para muchas gentes, me creo en la obligación de seguir solamente el camino no obstruido ni taponado por monumentos, un camino cuyas mayores sombras serán las de edificios simples, sencillos, humanos. En mis correrías por países y lugares he aprendido no sólo a visitar otras zonas sino también otros tiempos. He aprendido a retrasar el reloj de mi mente tres mil años en los pantanos del Irak, mil años en el delta de Bengala, muchos miles con los nómadas del desierto y algún siglo con los colonos de América y Australia. He aprendido a ver cómo vive la gente y a entender sus problemas. He aprendido así a ver la evolución de la arquitectura.

Permítaseme relatar una vez más mi simple credo. Creo que vivimos en una edad de formación, una época en la que vamos a encontrarnos con dificultades y problemas arquitectónicos mayores que nunca. Puedo ver ahora que el camino que se extiende ante nosotros corre entre desiertos y roquedas, pero que puede conducirnos a un valle soleado. Hemos de entender que la solución que buscamos no está solamente en los centros de la civilización; tiene que encontrarse en todas partes, pues las raíces de este árbol magnífico que queremos plantar y ver crecer y fructificar tendrán que sacar su alimento de todas las partes de una humanidad que está desarrollándose.

Hemos de entender que, como el árbol, nuestra arquitectura no va a crecer de la noche a la mañana. Tomará su tiempo y nosotros sólo podemos ayudar a su natural crecimiento. Hemos de adoptar la actitud de un jardinero que cultiva un árbol sin ansiedad y sin esperar los frutos antes de tiempo. Hemos de entender nuestra propia posición en el tiempo y no impacientarnos por los resultados. No tenemos que pensar en formas, sino crear espacio, construir y vivir. La arquitectura vendrá.

Hemos de entender, además, que el arquitecto no puede ya existir como diseñador de edificios singulares, y mucho menos de monumentos, sino tan sólo como coordinador de la actividad arquitectónica; en una palabra, como maestro de obras. Hemos de ser capaces de entender que las fuerzas que pueden descubrirse en una tienda del desierto o en una cabaña en un cenagal o

en una fábrica en la atareada colmena industrial son a veces más importantes que las que pueden descubrirse en las grandes avenidas de una metrópoli, o en el propio estudio de un arquitecto. Este ha de aprender a sentirse un albañil cuya tarea es construir edificios contemporáneos y prepararse para una arquitectura ecuménica, una arquitectura que hoy ha de ser contemporánea y humana para poder llegar a ser ecuménica en el futuro.

Ha de volverse un científico e investigar, crear un sistema conceptual, trazar un programa de acción y realizar planes adecuados de organización en el gobierno, en la industria, en la producción y en el diseño. Tiene que ser un constructor.

Ha de ser una persona capaz de trabajar a lo largo del día entero, inclinado bajo el peso de ladrillos, mortero, piedra y acero, poniendo los cimientos; pero capaz, cuando cae la tarde, de dejar su puesto de trabajo y trepar alguna alta cúspide para, desde allí, contemplar el horizonte de un mundo que se levanta, cuya evolución dinámica llevará a una arquitectura dinámica. Si el arquitecto es capaz de ser todo esto, un albañil en su trabajo pero un soñador en sus ideas, puede ser capaz de ayudarnos a encontrar la arquitectura del mundo que se avecina.

En el fondo, pues, este libro es más que un simple credo; es una llamada a cada arquitecto para que actúe a fin de salvar a la arquitectura, una llamada a cada uno de nosotros a levantar nuestra voz exigiendo un mejor habitat humano.

Como dijo el poeta:

Tórnate artesano; -,
relaciona, concurre, interésate, investiga... í
Borra todo aquello que te aísla;
Despósate y entrega tu anillo
al amplio caz del nombre común;
llega a ser como uno de los innumerables pilares
de la gran labor en colaboración.